

Cómo tratar con la gente

Martín Blasco

Ilustraciones de Lola Noguera



loqueleg

Cómo tratar con la gente

Martín Blasco

Ilustraciones de Lola Noguer

loqueleg



El momento de soplar las velitas había llegado. Frente a Lucía estaban todas las personas que conocía y le importaban: su mamá, su papá, su hermano, su abuela, sus primos, sus amigos del colegio (incluso Clara, menos mal que había venido, por un momento pensó que le iba a faltar). Todos con la vista clavada en ella, aplaudiendo y cantando el feliz cumpleaños.

Y entonces, justo cuando estaba por soplar, aparecieron las castañuelas.



Era algo que pasaba sin que se diera cuenta. Chocaba los dedos entre sí, el pulgar contra el índice y el del medio, cada vez más rápido. Al parecer lo repetía todo el tiempo. La verdad es que ni sabía que lo hacía hasta que, en un recreo en el colegio, Mía y Sol empezaron a reírse mientras la señalaban.

—¡Ahí empezó con las castañuelas! —oyó que le decía Mía a Sol mientras reían.

—¿De qué se ríen? —les preguntó sin entender.

—De vos, nena. De tus castañuelas —respondió Mía mientras le señalaba las manos.

Lucía bajó la vista y vio el movimiento que sus dedos estaban haciendo sin avisarle.

—¿Sabés qué son las castañuelas? Mi abuela las usaba para bailar. Son como dos pedacitos de madera que los hacés chocar con las manos y suenan. Como estás haciendo vos, aunque no tenés ninguna castañuela.

—Ni me había dado cuenta —respondió Lucía cerrando los dedos en dos puños.

—Ya sé que no te das cuenta, pero estás todo el día todo el día tocando las castañuelas

imaginarias, no dejás las manos quietas un minuto.

—Mentira.

—¡Verdad! ¿No, Sol? ¿No que está todo el día con las castañuelas? Yo le dije a Sol que se fijara hace como dos semanas. No parás; en clase, en el recreo. ¡Todo el día! ¿No, Sol?

9

—Sí, es verdad, Castañuelas —respondió Sol. Las dos rieron.

—Ahora te llamamos así.

Lucía no sabía qué responder, estaba a punto de largarse a llorar de la bronca y los nervios cuando Clara vino al rescate y se la llevó.

—¡No te enojés, Castañuelas! Es solo un chiste. —Oyó que gritaba Mía mientras se alejaban.

Pero era cierto. Lo más triste es que era cierto. Desde ese día Lucía había descubierto a sus manos golpeteando los dedos en clase, en el recreo, en el colectivo, en su casa. ¡En todo momento! Obvio que cada vez que lo notaba hacía un esfuerzo para que se quedaran quietas. Pero pasaba un rato, se descuidaba, ¡y ahí estaban de nuevo las malditas castañuelas!

Como en ese momento, justo cuando todos la miraban.

10 Escondió las manos debajo de la mesa. Se concentró en la velita. Se suponía que tenía que pedir un deseo. ¿Que le fuera bien en el colegio? ¿Que fuera un buen año? ¿Que Clara le dijera de una vez que es lo que le pasaba? ¿Que Mía y Sol no volvieran a burlarse de ella nunca más? Quería un deseo que cumpliera todo eso a la vez, pero no sabía cómo ponerlo en palabras. Mezcló en su mente todas esas ideas. Y sopló.

El resto del cumpleaños transcurrió con normalidad y estuvo bastante bien, salvo porque Lucía no encontró un momento adecuado para poder hablar con Clara a solas. Pero al menos había venido.

Cuando el último de los invitados se fue, notó que estaba realmente cansada. Festejar su cumpleaños había sido agotador, y decidió ir directo a dormir.

Se tiró en la cama y apagó la luz.

Lucía había vivido en esa casa toda su vida. Esa era su habitación desde siempre. Antes de

su cama, había estado su cuna. Así que todas las noches de su vida había dormido en esa misma habitación. Bueno, dejando afuera las noches que había pasado en algún lugar de vacaciones, o cuando se quedaba a dormir en lo de su abuela. Digamos que la gran mayoría de las noches de su vida.

11

Pero esa noche, mientras se iba quedando dormida, descubrió algo: en su habitación, la oscuridad no era total.

Había un cuadradito de luz.

Justo en la esquina de su cuarto.

Un cuadradito de luz que no se apagaba.

¿Siempre había estado ahí?

A la mañana siguiente, Lucía despertó contenta de que su cumpleaños ya hubiera pasado. Ahora iba a poder dedicarse a mirar con más atención los regalos que había recibido. Entonces recordó al cuadradito de luz. Se acercó a donde recordaba haberlo visto mientras se quedaba dormida y le pareció que todavía estaba ahí. Casi oculto, apenas brillando. En la esquina de la pared. Subió la persiana y entró la luz del día. Pero aun así podía verlo.

Se levantó, desayunó con sus padres, fue al colegio, volvió, jugó en la computadora, vio una película. Un día como cualquier otro. Cenó y se fue a dormir.

Apagó el velador.

Lo prendió.

Lo volvió a apagar.

Se levantó y prendió la luz grande.

La apagó.

Se volvió a meter en la cama.

En todas las situaciones, el cuadradito de luz seguía ahí.

14



Pasaron tres semanas enteras, con todos sus días y sus noches, y el cuadradito seguía ahí. No importaba si la luz estaba prendida o apagada. Si era de noche o de día. Siempre estaba en el mismo lugar. Y si al principio Lucía no estaba segura, mientras más le prestaba atención, con más claridad lo veía. Era cosa de apenas entrar a su cuarto y enseguida verlo, ahí, en el mismo pedacito de pared.

Lucía no sabía qué hacer. ¿Decirles a los padres? “En mi habitación hay un cuadradito de luz que se ve aunque esté todo apagado”. Demasiado raro. ¿Buscar información en internet sobre extraños cuadraditos de luz que no se van, sin importar lo que uno haga? Pero, además, ¿cuál era el problema...? ¡Si el cuadradito no hacía nada!

Mientras pensaba todo esto, Lucía dejaba a las “castañuelas” tocar libremente, total estaba en su cuarto y nadie la veía, ya era un esfuerzo enorme dejar las manos quietas en el colegio, sobre todo cuando tenía cerca a Mía y a Sol. Además sentía que el movimiento con los dedos la ayudaba a pensar. En fin, no es que fuera

un cuadradito maldito, u horroroso, o molesto de alguna manera; era solo eso: un pequeño pedacito de luz que no se iba nunca de la pared. Pero a Lucía le gustaba entender las cosas, y los reflejos de luz no funcionan así. Por lo tanto, el cuadradito la volvía loca. En busca de una explicación lógica, se dedicó a realizar distintos experimentos:

Tapó el cuadradito con la mano.

Le colgó un cuadro adelante.

Apuntó el velador contra otra pared.

Y, por supuesto, buscó hasta el cansancio de dónde podía venir la luz.

Hasta que una noche, ya aburrida del misterioso cuadradito lumínico, le habló.

—¿No te vas a ir nunca, no? —preguntó en voz alta.

Y, para su sorpresa, sin que ninguna boca se abriera, y sin que el cuadradito cambiase en lo más mínimo, oyó una voz. Una voz que le hablaba directo a su cabeza:

—¡Hola! ¿Cómo estás? Mi nombre es Zuleykin, mucho gusto...